

RECORDANDO AL MAESTRO

Talinay

 En la Academia de Guerra Naval, la primera clase de estrategia era de especial importancia. La fama del Maestro, transmitida de curso a curso, había creado un clima de expectación que se justificaba plenamente cuando hacía su aparición y comenzaba a hacer la introducción a la materia.

Pese a que todos los alumnos se habían preparado leyendo la *Guía de Estrategia*, pronto descubrían que las palabras adquirían un significado diferente y que los conceptos eran mucho más complicados, que lo que se desprendía de su mera lectura.

Mucho antes de que las restantes materias hubieran pasado de la introducción, el esfuerzo de todos los alumnos se concentraba en tratar de descifrar esta nueva filosofía, y semanas después, hasta el término del curso, aplicando la nueva terminología, seguirían con "centro de gravedad" en estrategia.

Lo más frustrante era descubrir que, cuando se creía dominar un término o expresión, al dejar el Maestro inconclusa una frase para que la completara el alumno, resultaba que la terminación propuesta era una aberración.

Al comienzo, eran errores que se hacían evidentes, como cuando el alumno proponía una ofensiva y resultaba que la actitud estratégica que se debía postular era una defensiva. Costaba que los alumnos, en su mayoría recientemente desembarcados de la Escuadra, escaparan del ámbito de la táctica y entendieran los distintos niveles de la guerra.

Después, los temas, en vez de ser más comprensibles, se tornaban más confusos. Parecía que al incorporar a las frases más conceptos, las mentes se saturaban. Algunos buscaban una salida fácil, culpando al Maestro de confundirlos deliberadamente o de que se contradecía, postulando un día una solución y negándola en una próxima oportunidad. El hecho era que se continuaba equivocando las soluciones a los problemas planteados.

Más adelante, algún nuevo ejemplo aclaraba las dudas anteriores, pero surgían nuevas inquietudes que tenían la particularidad de hacerse evidentes cuando eran sometidos a súbitos tests, con la típica introducción de: "En el diario de hoy, el gobernante de Nepal dijo que ..." y a la luz de sus conocimientos, de su opinión *fundamentada*.

N. DE LA D. El llamado "maestro" por el autor, es el distinguido y enigmático profesor de estrategia de la Academia de Guerra Naval, Capitán de Navío Sr. Santiago Díaz Buzeta (O.E.P.D.), que desempeñó tal cargo por más de veinte años, dictando sus últimas clases en 1971. Dejó una profunda huella en la formación profesional de numerosas promociones de Oficiales de Estado Mayor y, a través de ellos, en el carácter y estilo de nuestro exigente rigor académico.

Con el tiempo, ya se podía comenzar a clasificar conceptos y términos en diferentes grupos, de mayor y menor importancia; algunos eran muy apreciados por el Maestro, y otros despertaban su olímpica cólera. Los alumnos más avisados aprendían a utilizar los primeros y a renegar de los segundos.

El concepto máximo, que, por lo demás, si se lograba convencer al Maestro de que estaba incluido en una tesis o plan, aseguraba una excelente calificación, era “la maniobra estratégica”. Pero esto tampoco era sencillo.

Había varios períodos dedicados al estudio de históricas maniobras estratégicas. La principal era la denominada de 1805, que obliga a los alumnos a remontarse a la era napoleónica y revivir los numerosos combates y batallas de legendarios héroes. También los conocimientos geográficos se veían en apuros, para ubicar lugares o puntos de todos los continentes, y su diferente denominación en los diversos idiomas aumentaba la dificultad. Después de intenso estudio y unas tentativas finales de buscar la aplicación de los conceptos aprendidos a situaciones propias, se pasaba a otras maniobras más modernas.

La batalla de Leyte era otra de las favoritas, en especial el análisis de las interferencias humanas y de otros tipos. Para esto había todo el tiempo necesario, y, en cada curso, los temas podían durar distinto período, pero no cabía duda de que sólo se agotaban cuando el Maestro estaba convencido de que todos habían recibido el mensaje y eran fieles adoradores de la *maniobra*.

Es por esto que aún se recuerda a un apóstata que, ya próximo a titularse y convencido de que había logrado la confianza del Maestro, comentó el fracaso de una seudo maniobra en un juego de guerra; al preguntársele si alguna vez éstas habían tenido éxito, malinterpretó la mirada de estupefacción que le dirigía el Maestro y se explayó confiadamente en el tema, señ-

lando que tanto la de 1805 como la de Leyte habían sido sonados fracasos, al igual que otras analizadas durante el transcurso de los dos años del curso, por lo que sería más conveniente olvidarse de las maniobras.

Un bufido fue la única respuesta que recibió, y no sabemos si llegaron a sus oídos los comentarios que sobre su persona hizo posteriormente el Maestro, primero singularizándolo y después meramente incluyéndolo en la frase: “algunas personas jamás entenderán el concepto de la maniobra”.

Otro tema que lo fascinaba era la Posición, y en esta materia iba a tener un éxito mucho más perdurable que con la maniobra.

El libro de Wegener que era la introducción al tema, y que también se analizaba en profundidad, tenía muchos méritos, entre otros, el de ser breve y utilizar un lenguaje más claro que el empleado por otros estrategos.

Como las dos guerras mundiales eran acontecimientos más conocidos y estaban más presentes en los alumnos, que habían visto películas y leído variados libros sobre su desarrollo, les era más fácil entender mejor las circunstancias geoestratégicas de la época. Además, la posición tenía un sustento sólido en la geografía y era fácil aplicarla en el ámbito nacional, tanto en las guerras del pasado como en cualquiera otra que podía discurrir la imaginación.

Es, sin duda, en este elemento de la estrategia donde mejor se puede reconocer la influencia del Maestro. Han pasado varias generaciones de alumnos y sólo quedan algunos de éstos en servicio activo, pero su inspiración perdura en muchos planes y proposiciones de desarrollo. Sería de toda justicia dar su nombre a alguna de estas realizaciones.

En sus preferencias temáticas venía a continuación la guerra de objetivo limitado, que partiendo de una discutible paternidad de Von Clausewitz, uno de los profetas

reconocidos por el Maestro, se trasladaba del ámbito terrestre al marítimo y adquiría insospechadas aplicaciones. También, en este tema había diferentes matices y había herejes que negaban las características que definían estos conflictos, y los asimilaban a las tesis de algunos estudiosos norteamericanos que hablaban de las guerras limitadas.

En el grupo de conceptos negativos que había que tener mucho cuidado en aplicar, para no recibir una frase lapidaria, había también unos más destacados que otros.

El Cordón Defensivo era el epíteto para los que estaban seguros de que habían discurrido cómo defender todos los posibles lugares de ataque del enemigo, y si esto era acompañado de una escasa o inexistente reserva, la sanción era con mayúscula.

Otro apelativo demoledor era ser partidario o aplicador real o imaginario de la Jeunne Ecole. Afortunadamente, conociendo que en la Escuela Naval ya hacía años que no se enseñaba francés, el Maestro condescendía en traducir la frase y explicar su origen.

En Francia, después de sucesivos y fracasados intentos de su Escuadra por vencer a la inglesa, para obtener el dominio del mar, un grupo de oficiales de la armada propiciaba que se volcara el esfuerzo, ya no en la construcción de buques de línea, sino en buques y nuevas armas para ataques sorpresivos. De este modo pensaban debilitar al enemigo y obtener una mejoría de la comparación de fuerzas, y posibilitar su derrota.

Esto era una idea muy atractiva, pero en la práctica no resultó, ya que los éxitos en estas acciones sorpresivas y aisladas sólo tuvieron un efecto transitorio, y una vez que el enemigo tomaba medidas para contrarrestarlas dejaban de ser efectivas.

Hubo que volver a la doctrina clásica, y los propiciadores de métodos que se desviaban de esta norma pasaban a incluirse en la Jeunne Ecole.

Con esta clara orientación, los alumnos abandonaban su natural inclinación por nuevas armas y tácticas que salían de lo común, y se concentraban en el desarrollo metódico de la guerra y en el empleo de la Fuerza organizada.

Por esta razón, se sentían muy sorprendidos cuando había ocasiones en que el Maestro hacía profesión de la guerra de corso y celebraba el ingenio en emplear métodos y armas novedosos.

Así fue como en uno de los comentados *tests*, al preguntar el Maestro, refiriéndose a la época en que en la armada no se contaba ni con submarinos ni con aviones de combate: "Señale la prioridad que debe darse a las adquisiciones, fundamentadamente", se conocieron las siguientes respuestas y comentarios en tinta roja.

—Un jefe aviador naval proponía elementos para reforzar las *defensas* de la posición. Recibió el siguiente comentario: "Que es la Posición, sin Fuerza", y el mejor refuerzo podría ser un grupo de aviones o lanchas torpederas que alejarían las amenazas.

—Un jefe submarinista preconizaba la adquisición de un nuevo destructor para reforzar la Flota. Al pie de su tesis, el comentario del Maestro: "Olvida el efecto estratégico del submarino", muy superior a un mero incremento en número.

Las demás respuestas y comentarios fueron similares, a todos les tocó su merecido, y las calificaciones no pasaron de "ligeramente superior, a menos que regular".

Más adelante, tratándose de un tema no tan sagrado, se pudo clarificar cuándo eran aceptables ciertos medios que tenían, en otros casos, olor a Jeunne Ecole. No podía ser extraño a esto la maniobra. Si los medios secundarios se desarrollaban teniendo presente su empleo no aislado, sino para participar en un esfuerzo común con los otros medios navales, entonces eran doctrinarios. Era correctísimo bautizarlos como incentivos o apremios, actores de

contraataques menores o de la defensiva estratégica.

Igualmente, sin con tales medios secundarios se lograba obtener el dominio local de un teatro, posibilitando o evitando una ofensiva estratégica como parte de una guerra de objetivo limitado, en tal cúmulo de conceptos que pertenecían al grupo de prestigio, la Jeunne Ecole pasaba inadvertida.

Había otros términos más ambiguos, que permitían cierta justificación, pero con los cuales había que tener también mucho cuidado. Uno era el de la Flota en Potencia, concepto que era difícil de comprender y aún más difícil de aplicar como receta para determinadas situaciones.

Capítulo aparte merecen las síntesis, suplicio que todos experimentaban, pero cuya esencia era muy difícil de explicar. Por lo menos, en la herencia de los cursos, no se transmitían más que consejos a medias, que para nada servían en el día de este ritual. No eran ni una conferencia ni un foro; más bien podríamos asimilarlas a una ceremonia de iniciación en las tribus primitivas, en que el aspirante veía puestos a prueba su valor y su pericia.

Los preparativos eran variados, desde el Valium para los nervios o diversos esquemas consultados con los otros alumnos, pero que de todos modos iban a ser despedazados, no sólo por el Maestro sino que por los alumnos antiguos y profesores que hacían un papel similar al de los acólitos de Neptuno en el paso por la línea ecuatorial.

La duración era también un serio problema. Había que considerar el tiempo de la presentación de la materia, más el tiempo que se iba a emplear en contestar todas las interrupciones, lo cual era muy variable; todo ello en un lapso preestablecido de cumplimiento estricto.

Aún se recuerda el caso de un alumno que había partido a gran velocidad con los

primeros puntos del esquema; para su gran sorpresa, el Maestro lo había escuchado sin interrumpirlo, ante lo cual los restantes profesores habían seguido su ejemplo. Le fue inútil tratar de alargar el tema en la materia restante; nervioso, concluyó en 18 minutos, menos de la mitad del tiempo fijado. El Maestro miró el reloj y le preguntó si eso era todo, a lo que contestó afirmativamente; como a continuación el alumno le preguntara qué debía hacer, le dijo que comenzara de nuevo. Hubo de repetir sus conceptos y ahora sí que tuvo que contestar preguntas; años más tarde, aún tenía grabado, paso a paso, todo el esquema.

En la presentación de las materias, que se repetían año a año, tampoco se llegaba nunca a conocer la solución ideal, ya que el Maestro siempre presentaba objeciones y críticas, pero no daba soluciones. En una de sus escasas confidencias a un colega, justificaba esto diciendo que tenía el convencimiento de que su solución sería copiada en los años venideros, y además porque se habría perdido la incertidumbre, que estimula la imaginación y el arte que caracteriza a la estrategia. Esta misma modalidad la aplicaba, con más razón, a otros trabajos de estrategia, especialmente en los planes que se elaboraban para los juegos de guerra.

Este amplio nuevo mundo, que era lento de abarcar, aun dedicándole muchas horas de estudio y meditación, dejaba al término del curso encontradas emociones en los alumnos. La principal era de admiración por el Maestro, muchas veces acompañada de cierto rencor por parte de algún alumno, por haberle dejado, en muchas oportunidades, públicamente, como ignorante; también se sentía cierta insatisfacción por no haber tenido tiempo de comprender más a fondo las materias, pero, sin duda, quedaba en todos una perdurable afición por los temas que tuvieran relación con la estrategia.

Sin embargo, por sobre todo esto, se

llevaban un bagaje de conceptos y términos que marcaban indeleblemente a los que habían pasado por la Academia, y que

los capacitaba, al titularse, como dijo una vez el Maestro, para "decir disparates con autoridad".

